

De pequeña, de camino al colegio, yo jugaba a "no pisar". Las reglas del juego eran sencillas: recorrer el trayecto a saltos sobre los registros de las aceras. Perdía el primero en posarse sobre una baldosa.

Veinticinco años después, Julia cruza los pasos de cebra como si de peligrosos océanos se tratasen, brincando encima de las líneas blancas, porque las grises están plagadas de tiburones.

Sin embargo, a sus padres ya no les asustan los tiburones. Al igual que yo he dejado de transitar las calles a botes, buscando rutas alternativas de tapas de fundición.

¿Cuándo perdemos las personas esa capacidad de reconvertir los espacios para nuestro disfrute? Quizás sea en el momento en que empezamos a llamarnos adultos y la vergüenza, el pudor o simplemente la rutina nos arrebatan la picardía de divertirnos con cualquier elemento urbano. Quizás (especialmente en los tiempos que corren), deberíamos volver a usar las papeleras como canastas, el despiece de las aceras como rayuelas y las señales de tráfico como juegos de barras. En definitiva, recuperar la ciudad como ese enorme jardín de juegos que fue para nosotros en su día: el espacio de relación donde pequeños, mayores y más mayores se encontraban, compartían anécdotas y se reunían en el portal de su casa para hacer ganchillo y arreglar el mundo a su manera.



Experiencia realizada durante el taller "Playground vertical". Arquitectives, mayo 2012.

Desde 2009, Arquitectives pone su granito de arena en sentar las bases de una ciudadanía crítica, activa, comprometida y responsable, empezando por aquellos que un día, independientemente de su ocupación, tendrán que tomar decisiones acerca de su entorno construido, ya sea diseñando su vivienda, pintando una fachada o interviniendo en la redacción del planeamiento urbanístico.

Partiendo de la idea de que la diversidad actual de las ciudades, evidente e ineludible, debería ser asumida como potencial para la evolución física y social del territorio, entendemos la educación y el conocimiento como las premisas básicas que proporcionarán ese "orden desordenado". El mismo que devolverá a la ciudad y a sus ciudadanos el carácter humano que motivó su aparición. En base a ello, promovemos la enseñanza de la arquitectura desde su sentido más amplio y lúdico, como herramienta para "aprender a mirar" el mundo, un mundo donde cada vez nos resulta más difícil filtrar estímulos y superponer nuestros deseos a una realidad impuesta por aquellos que, hoy en día, moldean el entorno con más o menos destreza. Frente a esta sociedad frenética, conviene animar al ciudadano a quedarse parado, al menos un instante, y reflexionar sobre las directrices de su percepción. ¿Apoyamos incondicionalmente la dirección que están tomando nuestras urbes? ¿O es la inercia la que nos lleva a no cuestionarnos ciertas tendencias? La misión de la arquitectura como enseñanza es, pues, motivar el grito

que no damos, ampliar la mirada que nos dirigen, exaltar la crítica dormida,... Recuperar la ciudad humanizada donde todo y todos tenemos cabida y, sobretodo, voz.



Maqueta resultado del taller "Imagina Alcudia". Arquitectives, junio 2012.

Arquitectives son Pablo Amor y Cristina Llorente, arquitectos establecidos en Palma de Mallorca (www.arquitectives.com).